



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 256– 13 de junio de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Entre otras cosas, ¿quién firma ahora?**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **¡Temblad, terroristas, temblad!**, *Manuel Parra Celaya*
3. **Pablo Neruda y Jacinto Benavente**, *José M^a García de Tuñón Aza*
4. **Carta a Ignacio Echevarría**, *J. L. Antayana*
5. **Mi patria es el Islam (reflexiones de un creyente)**, *Francisco Núñez Roldán*
6. **¿Es Puigdemont golpista?**, *José Alsina Calvés*
7. **Gibraltar sería de España**, *Jesús Laínz*
8. **6 días de junio**, *Gabriel Albiac*

Entre otras cosas, ¿quién firma ahora?

Emilio Álvarez Frías

Unos están sumamente nerviosos, otros tranquilos como si no pasara nada o no fuera con ellos el desafío catalán. Lo cierto es que el tema resulta un quiste que le ha salido a España, cada vez más gordo y cada día más putrefacto. Y aunque los especialistas en la cuestión esperan que se disuelva por sí solo, que se abra por alguno de sus costados y suelte toda la porquería que va acumulando, otros hay que consideran mejor sería operarlo cuanto antes para que los traumas, que ya se han apoderado en alto grado del cuerpo, sean los menores, y se puedan poner antes los apósitos adecuados después de lavar las heridas con agua o suero fisiológico.

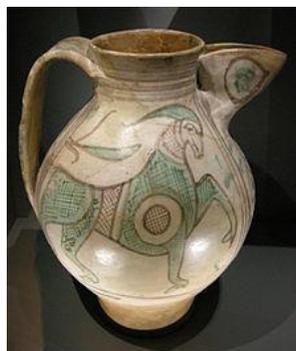
La variedad de medidas a tomar, teniendo en cuenta las infracciones cometidas respecto a las leyes y la Constitución, está en boca de todos. Unos más incisivos, otros más ligeros, pero todos tratan el tema con rigurosidad, pues el desafío es grande y no lo debe permitir quien ostenta la representación de la nación y ha recibido el respaldo del «pueblo soberano» para que mantenga el orden establecido entre todos y aplique rigurosamente la norma, como se harta de decir a todos los españoles: «que somos iguales ante la ley».

Esos españoles, que se valen de los escaños en Parlamento y Senado para exigir el cumplimiento de la ley, luego, en su terruño, se la saltan a la torera diciendo que no acatan ninguna de las disposiciones aprobadas por todos los españoles, y que solo son válidas las que ellos aprueban. Y nadie se mueve. Ni siquiera da risa. Nada. Impávidos.

Ahora, de forma meridianamente clara, ha confirmado el presidente de la Generalidad de Cataluña, Carlos Puigdemont, que el referéndum se celebrará en 1 de octubre, y lo que contendrá la papeleta de votación es, simplemente: «¿Quiere que Cataluña sea un Estado Independiente en forma de república?». Solo falta estampar la firma del acuerdo adoptado por unanimidad, sin fisuras, aunque los aguerridos promotores no se prestan a plasmarla en el correspondiente documento. Será por temor a incurrir en contravenir lo dispuesto en las reglas que dicen no respetar, y, para solventarlo, pretenden, según últimas noticias, que lo firmen los

alcaldes de los ayuntamientos.

Da la sensación de que, como decíamos al principio, es el momento idóneo de ir tomando las medidas adecuadas, que son muchas, empezando por hacerse cargo de la Hacienda que tan mal e interesadamente administran, en vez de seguir insuflándoles millones de euros como se está haciendo; suspender el traspaso de la Enseñanza, pues hay que empezar por lavar de nuevo el cerebro de los catalanes para quitarles toda la hiel que han introducido en ellos; inmediatamente disponer que TVE de Cataluña emita exclusivamente en español, y hacerse cargo de la consejería correspondiente a Interior, incluyendo a los funcionarios públicos. Y liberar a los españoles que viven en Cataluña de la presión a la que están sometidos, concediéndoles la libertad de pensamiento y expresión, bien sea oral o escrita.



En la esperanza de que alguien –a quien le corresponda– tome las medidas adecuadas, vamos a seguir pensando sobre el particular, pues los quistes se reproducen a veces; este viene de lejos, aunque nunca ha sido tan largo y tedioso el proceso y resolución, a la que todavía no se ha llegado. Como hace un calor desaforado, la temperatura ha subido a cotas desacostumbradas en esta época del año, y no estamos para que nos dé uno de esos golpes de calor que nos anuncian, vamos a tomarlo con calma quedándonos en la terraza de casa, con un buen libro en el que beber experiencias y conocimientos, y acompañados de una jarra preciosista, antigua, de cerámica vidriada mayólica, con dibujos del s. XIII, a la cual doto de una deliciosa sangría que iré consumiendo traguito a traguito a medida que pasan las páginas y el calor acucia.

¡Temblad, terroristas, temblad!

Manuel Parra Celaya

No estaba atento a la pantalla, sinceramente. Ya me había enterado de las últimas informaciones sobre la (penúltima) atrocidad del islamismo radical en suelo europeo, concretamente en Gran Bretaña, y no prestaba mucha atención a la inevitable, repetitiva e inútil sarta de *declaraciones de solidaridad, de repulsa, minutos de silencio, telegramas de condolencia* y altisonantes palabras de personajes y personajillos del elenco habitual.

De repente, una frase me hizo levantar la cabeza de otras ocupaciones y, francamente, me dejó entre estupefacto y suspenso: «*A lo que tienen más miedo los terroristas es al voto*».

Inquirí a mi esposa quién era el lumbrera que había sacado esa conclusión, que en ese momento debía estar siendo estudiada, seguro, por todas las agencias de seguridad europeas; la respuesta me dejó de cartón-piedra: *Es el alcalde de Londres*.

Mi memoria retrocedió a los más oscuros años de la Transición, cuando cada atentado de ETA venía escoltado por parecidos asertos: *Nuestros votos son la mejor defensa contra esos fascistas* (sic), *La mejor repulsa es el talante democrático de la sociedad*, y cosas por el estilo. Hasta que a alguien se le ocurrió que el mejor antídoto contra el terrorismo era la actuación decidida y sin complejos de las Fuerzas de Seguridad del Estado, al unísono con la Judicatura, no los pactos bajo mano, las reuniones secretas, los enjuagues políticos y los entierros de las víctimas por la puerta trasera y con las primeras luces del alba.



Atentado de ETA en Vallecas en 1995

En todos los sitios cuecen habas y la tontería no reconoce barrios. Está visto que al *Sistema*, en cualquier demarcación de su omnipresente dominio, lo único que le preocupa en salvarse a sí mismo, sus estructuras, sus principios y métodos (heredados del siglo XVIII, digámoslo de pasada) y, sobre todo, su *religión secular*, la que tiene por dogma *un hombre, un voto*; por rito sagrado, los comicios; por altar, la urna, y por oficiantes, los partidos políticos ya consagrados. Todo lo demás es secundario: la historia, la cultura, la ciudadanía, la tradición, el arte y las auténticas raíces cristianas de Occidente.

¿Cuál es el objetivo real de esa *yihad* que emerge con virulencia cada cierto tiempo a lo largo de los siglos? ¿El *Sistema* o un modo de vida occidental y europeo forjado, entre avances y retrocesos, y sustentado en esos fundamentos comunes?

No creemos que al fanático del vehículo-ariete, del chaleco explosivo, del fusil ametrallador o del cuchillo le preocupe mucho si los británicos acudirán en masa a las urnas para refrendar o defenestrar a la señora May; todo lo más, representaría para él una aglomeración de *infiel*s adecuada para un nuevo asesinato en masa.



Sadig Khan, el alcalde musulmán de Londres

Incluso añadiría que al islamismo radical le viene muy bien el *Sistema*, ese que –como decía en un artículo anterior– le proporciona las leyes y los respaldos jurídicos para que, cuando llegue el momento, pueda aplicar sus propias leyes de forma inmisericorde. La viene como anillo al dedo la pusilanimidad, la debilidad y la tibieza.

Le encanta, sobre todo, el relativismo y el nihilismo de valores que el *Sistema* impone por doquier, pues tiene así a su enemigo occidental inerme, sin más razones claras para hacerle frente que depositar un voto cada cierto tiempo, como afirmaba el estólido alcalde de la capital británica.

No somos quienes para aconsejar a los londinenses que cambien de alcalde, pues por estos pagos pocos ejemplos podemos darles en cuanto a elegir consistorios con pies y cabeza. Me limito a refugiarme en mis convicciones personales, acaso intransferibles en este momento: me preocupa una civilización, me preocupan mis fundamentos religiosos, mi tradición común europea, mis inmensas posibilidades de un avance social si acertamos con la fórmula.

Me preocupan España y Europa, que me duelen profundamente por mi amor crítico y perfectivo hacia ellos. Al *Sistema* le pueden ir dando morcilla...

Pablo Neruda y Jacinto Benavente

José M^a García de Tuñón Aza

Con frecuencia leemos en los medios de comunicación pequeños homenajes que dedican al poeta chileno, uno de los fundadores de la nueva poesía iberoamericana y del que dicen que era un poeta contemplativo, también un perezoso que guardaba en sí mismo una mala conciencia que quizás le inculcaron en la infancia y de la que no llegó a liberarse nunca.

En 1971 se le concedió el Premio Nobel de Literatura, y mucho antes, en 1953, le había sido concedido el Premio Stalin de la Paz. Este Premio, además de la Paz, paradójicamente lleva el nombre de uno de los hombres que menos ha hecho por la paz del mundo y que, por sanguinario, más muertos ha llevado sobre su conciencia. Algo que no ha sido recordado, hasta donde hemos podido leer, en ninguno de los artículos que sobre el poeta se han escrito cuando se tiene presente ese Premio. Posiblemente, porque no quisieron recordarnos uno de los

galardones con mayor contrasentido que se podía conceder a un ser humano. Ahora sí, muchos rojelios, como Víctor Manuel y Ana Belén, le han dedicado algunas de sus canciones.

Lo que no han hecho, por ejemplo, con nuestro Premio Nobel Jacinto Benavente que parece no haber existido para la gran mayoría de los medios españoles. En el caso de Jacinto Benavente, que falleció manifestando ser católico apostólico y romano, y deseó ser amortajado con el hábito franciscano, posiblemente fue lo que llevó autor de *Los intereses creados* a que lo silenciaron la mayoría de los medios, en manos de los que dicen defender la cultura, y a estar hoy tan injustamente olvidado. También porque Pablo Neruda fue comunista y Jacinto Benavente no.

Carta a Ignacio Echevarría: Agradecimiento y homenaje a un héroe español

J. L. Antoyana (*Somatemps*)

Querido Ignacio:

No tuve el honor de conocerte. Ignoro cuáles fueron tus creencias, tus filias y tus fobias. Y me da igual. Pero hoy, cuando la prensa ha confirmado tu muerte en los atentados islámicos de Londres, me siento obligado a escribirte esta carta para, además de lamentar tu fallecimiento y expresar mis condolencias a tu familia, agradecerte tu heroico comportamiento.

Aunque los telediarios han pasado de puntillas sobre tu valentía al enfrentarte a la morisma asesina armado solamente con tu monopatín, tu gesto trasciende la simple anécdota y salva la dignidad de nuestro Pueblo.

Gracias por no dudar en arriesgar tu vida para defender a la mujer que estaba siendo apuñalada por los musulmanes terroristas. En este tiempo en el que el buenismo estúpido y endófono se ha convertido en dogma, tu valentía generosa se convierte en una acción doblemente heroica.



Gracias por comportarte como un caballero español en un tiempo y en un lugar en los que la cobardía y la sumisión ante culturas hostiles son aplaudidas y elogiadas por una prensa y unos políticos de letrina.

Gracias porque el nombre de España se haya asociado, por una vez, a la única actitud digna que se puede adoptar ante los que tiñen de sangre las calles de Europa mientras sus costumbres bárbaras nos son impuestas y financiadas por unos gobernantes genuflexos y acobardados.

Gracias por devolvernos la fe en nuestro Pueblo, tan envilecido y encanallado por ideologías disolventes y suicidas.

Tu nobleza y tu sacrificio han puesto de manifiesto que todavía hay españoles dignos de ese nombre y que la «memoria histórica» no es esa pestilente charca de bilis con la que una piara de resentidos intenta borrar sus crímenes, derrotas y complejos. La verdadera memoria histórica es la voz de la sangre guerrera de un pueblo que forjó su identidad a lo largo de ocho siglos de lucha contra el invasor musulmán.

Gracias porque, en esa jornada trágica, tu humilde monopatín fue una espada de heroísmo y nobleza frente al fanatismo y la iniquidad.

Sé que hoy, Ignacio, los héroes de las Navas, de Lepanto y del Rif te han acogido entre sus filas eternas como a un nuevo compañero de armas.

Mi patria es el islám (reflexiones de un creyente)

Francisco Núñez Roldán *(El Manifiesto)*

No soy un monstruo. Sencillamente sigo mis mandamientos, como los seguiría el lector o quien esto escribe, de haber nacido en mi ambiente, entre los míos. Se me ha enseñado a obedecer, y lo hago. A eliminar infieles, y lo hago. No tengo solución, no porque yo sea diferente, sino porque mi religión es diferente, y solo quien apenas la conoce puede interpretarla como le gustaría que fuese, no como es. Mi religión nació con la espada. El profeta Muhammad (la bendición sea con él) se forjó en la guerra, luchó en numerosas batallas en las que El Muy Compasivo y Misericordioso le dio la victoria, y sus sucesores han sido todos campeones de la fe a través de la espada. Estudiad un poco la historia de nuestra religión, ¡ignorantes!, y veréis que no hay otra que desde el principio de su principio se haya extendido con la espada como la nuestra. Es nuestro sino. Desde el principio. Y además, entre nosotros, a los disidentes, más guerra, más espada, como se sabe. Y de entre vosotros, a los ateos, donde tenemos más defensores, a esos a degüello, por ateos y por imbéciles.

Me río de vuestras cacareadas y efímeras cruzadas: una



Las galeras de la Santa Liga lograron detener a los turcos en el Mediterráneo

respuesta, breve, tímida y parcial a nuestra imparable expansión militar por todo el Mediterráneo. ¿Quién nos llamaba a conquistar toda Asia Menor y el África bizantina, incluida España? Nadie. Nuestro impulso religioso. ¿No tenían luego los turcos bastante con un millón y pico de kilómetros cuadrados en Anatolia y alrededores para tener que estar durante siglos trepando Europa arriba hasta llegar a Viena, matando, arrasando, degollando, al cabo de dos y siglos y medio de haber conquistado al fin Constantinopla? Pues no, no tenían. La fe los impulsaba a seguir.

Aprended historia y enteraos bien, imbéciles. Necesidad, ninguna. Voluntad, toda. Obligación moral, impulso interior. Es lo que hay. Y lo seguiremos haciendo, practicando, mientras podamos. Mientras nos dejéis. Son nuestras leyes religiosas. Y las cumplimos, ¿o no os enteráis? Y no pretendáis cambiárnoslas, puñado de politeístas amariconados y decadentes. No sólo no tenéis derecho, sino que en vuestra supina y suicida idiocia os habéis creado la obligación moral de acogernos, pensando que así nos ibais a controlar, o que os lo íbamos a agradecer. ¡Imbéciles ilusos! ¿No estáis viendo que no depende de nuestra voluntad? Sólo hemos detenido nuestras conquistas cuando se nos ha forzado militarmente a ello. ¿No os dais cuenta de que nuestra ley nos impulsa a hacer del mundo Dar-al Islam, la casa del Islam, y lo que no está incluida en ella es Dar-al-harb, la casa de la guerra? Pero ¿es que no os habéis informado de nuestros códigos? ¿Alguien que está leyendo estas líneas ha saludado una sola sura del bendito Corán? Ese sí que es un clásico que deberíais conocer, tarugos idólatras. ¿No os han convencido siglos y siglos de expansión militar por nuestra parte? Esperad a que seamos el cincuenta y uno por ciento en vuestro país. El que sea. Entonces vais a enteraros de los moritos encorbatados, de los moritos buenos, de los moritos civilizados, como estúpidamente les llamáis, entre otras cobardes perífrasis. No, no temáis a los sintoístas, a los budistas, a los ortodoxos, a los presbiterianos, a los coptos, a los ateos (Dios los maldiga), que a la segunda o tercera generación se sienten tan

ciudadanos como el que más en el país que los acoge. Nosotros no tenemos patrias geográficas ni políticas, a ver si os enteráis de una vez.

Y quede clarísimo que no somos unos monstruos, pero seguiremos matando porque la vida humana no es sacrosanta, no tiene valor ante nuestras normas, ante nuestras enseñanzas, a las que creemos con la misma fe que vosotros creéis en vuestros estúpidos y laicos derechos humanos. ¿Cómo va a ser comparable una legislación movediza, novedosa y poco obedecida, con la inspiración que el arcángel Gabriel hizo al profeta Muhammad (la bendición sea con él) y éste transcribió literalmente en el Libro de los libros? Somos tan consecuentes en nuestras acciones de destrucción como vosotros en defenderlas. No nos convenceréis. No hay países seguros para vosotros. En cualquier país que estemos, en cualquier lugar en el que nos dejéis entrar, estamos moralmente obligados a estar en nuestro país. Nos reímos de vuestras ideas, de vuestras geografías, de vuestra legislación, de vuestras patrias, porque, recordadlo bien, nosotros no tenemos otro país, otra patria que el islam.

¿Es Puigdemont un golpista?

José Alsina Calvés (Posmodernia)

En la tradición filosófica europea se ha ensalzado repetidas veces el valor de la pregunta como método gnoseológico de acercamiento a la verdad. El método mayéutico de Sócrates consistía, precisamente, en ir planteando cuestiones a fin de que, poco a poco, como en un parto (de aquí el nombre), naciera al mundo la verdad que todo ser humano lleva dentro. Por su parte, Martin Heidegger escribió que «*el preguntar es la devoción del pensar*». La pregunta es, en sí misma, todo lo contrario a la afirmación dogmática: invita al diálogo, a la reflexión sosegada, y presupone la humildad del que la formula, en las antípodas del iluminado.

Repetidas veces se ha acusado al Sr. Puigdemont y a su Gobierno de ser golpistas. Sus partidarios reaccionan indignados: ¿cómo van a serlo, si tienen un «mandato democrático» del «pueblo de Cataluña»? ¿Cómo van a ser golpistas ellos, si no se quitan de la boca expresiones como



Puigdemont haciendo juegos malabares

«democracia» o «radicalidad democrática»? En el presente artículo no preguntamos si el Sr. Puigdemont y su Gobierno son eso que se les llama; la tarea previa es definir los términos que vamos a utilizar: ¿qué queremos decir cuando hablamos de «golpismo»? ¿Qué queremos decir cuando hablamos de «democracia»?

«Dar un golpe de Estado» significa utilizar una o algunas instituciones del Estado para ir contra él, ya sea para apoderarse de sus resortes de manera ilegítima, para cambiar radicalmente su estructura, para destruirlo o para ponerlo bajo el control de otro Estado; cuando la institución empleada es el Ejército o parte del mismo se habla

de «golpe militar». No hay que confundir golpe de Estado con «insurrección»: en la insurrección es parte de la población quien se levanta en armas; la Revolución Francesa y la Rusa, por ejemplo, se realizaron a partir de insurrecciones populares, que se concretaron en la toma de la Bastilla en el primer caso y en la toma del Palacio de Invierno en el segundo.

¿Quién es el máximo representante del Estado Español (que no del Gobierno español) en Cataluña? Según el orden constitucional vigente, el Sr. Puigdemont, en su calidad de Presidente de la Generalitat. ¿Qué es la *Generalitat*, con su *Govern*, su *Parlament*, su *Consell de Garanties Estatutàries*, su *Síndic de Greuges* y demás instituciones? Una estructura política del Estado español en Cataluña. ¿Cómo hay que llamar a la utilización de estas estructuras del Estado

español con el objetivo de romper la unidad del mismo, fraccionar su territorio, atentar contra lo que Gustavo Bueno llama «la capa basal del Estado» (la soberanía sobre un territorio)? Creo que la expresión «golpe de Estado» es la más adecuada, y de ella podemos deducir que el Sr. Puigdemont y los integrantes de su Gobierno se están comportando como verdaderos golpistas. Pero, ¿cómo se puede ser golpista y demócrata? ¿Cómo pueden ser golpistas Puigdemont y sus secuaces, si se pasan el día hablando, como se ha dicho, de «democracia», «radicalidad democrática» y «mandato democrático»? Preguntémoslo de otra manera: ¿qué significa eso de “democracia”?

El término viene de Grecia, y significa literalmente «gobierno del pueblo» (*demos*=pueblo). Dejando aparte su carácter genérico (el «gobierno del pueblo» se puede institucionalizar de muchas maneras), el problema principal no es otro que la delimitación de este pueblo que va a ejercer su soberanía. Gustavo Bueno sostiene que en toda comunidad política hay que distinguir tres capas: la capa basal (la soberanía sobre un territorio y sus recursos), la capa conjuntiva (instituciones de Gobierno: democracia, dictadura, monarquía, república, etc.) y la capa cortical (relaciones con otras comunidades políticas: Ejército, diplomacia, geopolítica, etc.). El nombre de «capa basal» no es baladí; antes (tanto en el sentido temporal como en el estructural) de la democracia o de la Constitución se encuentra la definición del objeto de la soberanía, y es aquí



¡Qué listo soy!, debe estar pensando en ese momento Carlos Puigdemont

donde surge el problema: el Sr. Puigdemont «quiere» que exista una Nación Catalana soberana, y que esta soberanía resida en el *Parlament* en que tiene mayoría (de escaños, no de votos), pero afirmar la Nación Catalana soberana significa negar la Nación Española soberana. Para el Sr. Puigdemont, las Cortes españolas, y, por extensión, el Estado español, no son democráticos, pues no existe (para ellos) un pueblo (*demos*) español que sea objeto de tal soberanía. La negación del Sr. Puigdemont se refiere a la capa basal, no a la conjuntiva; las Cortes Españolas se eligen siguiendo los mismos procedimientos que en la elección del *Parlament de Catalunya*: listas cerradas y bloqueadas, ley d'Hont, la misma ley electoral española (en Cataluña nunca han

sido capaces de elaborar una propia). El Sr. Puigdemont cree que las Cortes españolas no son democráticas, pues, como no existe un *demos* español, ni una nación española, ni una soberanía española, las Cortes no los pueden representar, dado que no se puede representar aquello que no existe. Supongo que éste es el motivo de que no quiera ir a exponer su «proyecto» en las Cortes españolas (a lo mejor hay otras razones menos profundas: es más cómodo discursar en el *Parlament*, donde tiene mayoría, mayoría de escaños, no de votos).

Como no existen ni el pueblo ni la nación ni la soberanía en España, el Estado español no es más que una estructura destinada a oprimir y España no es más que un «conglomerado» (España, cárcel de naciones). Hay que romper con todo ello, hay que salir como sea: frente a la legalidad de este Estado opresor, la «legitimidad» de la democracia auténtica (la suya, claro); el hecho de que más de la mitad de los catalanes no comparta sus delirios (después de más de 30 años de adoctrinamiento) es un pequeño detalle sin importancia.

La deducción es evidente: se puede ser «demócrata», facción Puigdemont y golpista. No son términos excluyentes.

Gibraltar sería de España

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

Si el rey de España tuviera
cuatro como Barceló,
Gibraltar sería de España,
que de los ingleses no.

A sí rezaba una coplilla muy celebrada allá por las décadas finales del siglo XVIII. Su protagonista fue Antonio Barceló y Pont de la Terra, marino mallorquín que, desde su plebeya cuna, llegaría a las más altas responsabilidades de la Armada española de aquella época.

Nació en 1717 en Galilea, pueblo cercano a Palma, predestinado a las cosas de la mar, pues su padre, Onofre Barceló, era el patrón de un jabeque dedicado al transporte y el correo entre las islas y la península del que se hizo cargo el joven Antonio cuando aquél murió, en 1735.

En aquella época los piratas norteafricanos infestaban el Mediterráneo asaltando los buques mercantes y saqueando las costas europeas en busca de riquezas y de mujeres para ser vendidas en los harenes mahometanos, lo que provocaba continuas alarmas en los habitantes de las localidades costeras, que debían apresurarse a buscar refugio en el interior en cuanto se encendían las señales de las torres de vigilancia erigidas por todo el litoral, algunas de las cuales han llegado hasta nuestros días.

Durante medio siglo Barceló se enfrentó en sangrientos combates con todo tipo de



Propaganda turística de Gibraltar...

embarcaciones piratas, y su nombre es hoy recordado, además de por otras luchas contra los enemigos de España –principalmente los ingleses en Gibraltar–, por su descollante papel en la eliminación de esta plaga. Entre bombardeos y abordajes, recibió numerosas heridas, como un balazo que le cruzó el rostro rompiéndole varios dientes y una notable sordera por su exposición al estruendo de la artillería.

La embarcación en la que desarrolló toda su carrera fue el jabeque, navío de tres palos y velas triangulares que podía llegar a pesar 680 toneladas y embarcar hasta treinta y ocho cañones. Por su porte medio, era muy maniobrable en las aguas someras del Mediterráneo.

En aquellas largas décadas de lucha contra la piratería berberisca Barceló apresó o hundió decenas de buques enemigos, hizo miles de prisioneros y liberó a grandes cantidades de cautivos cristianos. Sus constantes méritos de guerra le llevaron a ascender paulatinamente en la escala de la Armada hasta alcanzar el grado de teniente general, caso insólito en quien, como plebeyo que era, no disfrutaba de los privilegios con los que contaban los marinos de noble familia. Tal circunstancia no dejó de provocar las envidias y burlas de quienes, aun con menor valía, le miraban desde las alturas de sus aristocráticas cunas.

Así compararon unos versillos de aquellos días al muy popular y respetado capitán Toni –como le apodaban cariñosamente en su tierra– con otros marinos coetáneos:

Ulloa, gran escritor. / Córdoba, gran santuario.
Castejón, gran perdulario. / Gastón, gran pompa exterior.
Arce, muy grande orador. / Ponce, grande presumido.
Casteny, grande en el vestido. / Todos grandes en hablar,
pero para pelear / ni lo serán ni lo han sido.

Barceló no es escritor, / ni finge ser santulario,
ni traza de perdulario, / ni lleva pompa exterior.
Persuade y no es orador, / su aseo no es presumido,
va como debe ir vestido, / fía poco en el hablar,
mas si llega a pelear / siempre será lo que ha sido.

Además de su lucha contra la piratería en el mar, también participó destacadamente en el ataque a sus bases en tierra, en concreto en las tres expediciones contra Argel. En 1775, una escuadra de medio centenar de navíos de diverso porte transportó y cubrió con su artillería el desembarco de una tropa de casi veinte mil hombres al mando del general O'Reilly. Pero la tenaz defensa argelina causó cinco mil bajas y forzó la retirada del ejército atacante. Barceló, acercando a la orilla la flota de jabeques de la que era comandante para cubrir el reembarco con su artillería, consiguió mantener a raya a la caballería argelina, con lo que evitó que la operación acabase en catástrofe.

Pasaron los años y, estallada la guerra contra Inglaterra en 1779, se le encargó el mando de la escuadra sitiadora de Gibraltar. Barceló ideó para la ocasión una nueva embarcación que sería muy utilizada en las décadas siguientes: las lanchas cañoneras. Éstas eran unas embarcaciones ligeras, de cincuenta y seis pies de eslora por dieciocho de manga, diseñadas para embarcar una pieza de artillería servida por treinta hombres. Fueron bastantes los que opinaron que las lanchas serían demasiado livianas para soportar el peso y el retroceso de los cañones, pero Barceló acertó: su movilidad les permitía acercarse hasta la misma orilla para disparar desde distancias muy cortas y su pequeño tamaño les hacía casi invulnerables a la artillería de tierra británica.



Último sitio de Gibraltar

Tras el fallido sitio de Gibraltar, volvió Barceló –ya como teniente general– a enfrentarse con sus viejos enemigos argelinos. En 1783 se organizó de nuevo una escuadra destinada a atacar el principal centro de actividad pirata. Entre el medio centenar de navíos participantes se encontraron diecinueve lanchas cañoneras. La escuadra española, a cambio de muy pocos daños, provocó enormes destrozos en las fortificaciones, buques y artillería de Argel, así como grandes

pérdidas humanas. Barceló se había resarcido del fracasado desembarco de ocho años atrás.

Un año más tarde dirigió una nueva incursión contra la capital argelina, esta vez con la colaboración de navíos napolitanos, malteses y portugueses. De nuevo se consiguió una gran victoria con escasas bajas en la flota cristiana. Concluida la campaña y deseoso de continuar la ofensiva, dirigió esta carta a Carlos III ofreciéndose para nuevas acciones contra los norteafricanos:

Señor, en el dilatado tiempo que he tenido el honor de servir a Vuestra Majestad, sólo ha sido mi objeto atender al lustre de las Reales Armas, al bien del Estado y de la Patria, de que he dado algunas felices pruebas, y esta misma idea es la que yo deseo continuar para conseguir el escarmiento de los infieles que infectan nuestras costas.

Pero ante la amenaza de un nuevo ataque español, las autoridades de Argel y Túnez se plegaron a firmar un tratado que puso fin de modo casi definitivo a las acciones piratas en aguas mediterráneas y que posibilitó el extraordinario desarrollo que experimentaría el comercio

marítimo en Cataluña y Levante a partir de entonces. A Barceló se le otorgó, en premio a sus éxitos, la Gran Cruz de Carlos III.

La fama de Barceló y la frustración popular por no haber conseguido expulsar a los británicos de Gibraltar siguieron inspirando versos y coplas:

Cuando no haya en la Marina
polvos, rizos ni pomada,
cuando el capitán ilustre
Barceló enemigos no haya,
cuando se premie el valor
y se castigue la falta,
cuando veamos volver
a Aranda de su embajada,
entonces, Carlos Tercero,
será Gibraltar de España.

Ya septuagenario y retirado a su Mallorca natal, Barceló recibió en 1792 la orden de atacar Tánger en ayuda de la cercada Ceuta. Finalmente, debido a negociaciones con los marroquíes, no se realizó el ataque, para disgusto de un Barceló que escribió varias cartas al rey lamentando no aprovechar la oportunidad para atacar al enemigo:

Como autor de las lanchas cañoneras, nadie sabrá darles el valor que tienen mejor que yo; y siendo su manejo inmediato, el puesto más arriesgado es el que yo apetezco en servicio de Vuestra Majestad y honor de la Nación.

Tras una larga vida de servicio, Barceló falleció en Mallorca el 30 de enero de 1797. Tres siglos después, en Andalucía, cuando se quiere ponderar la valentía de alguien, se sigue diciendo que «es más valiente que Barceló por la mar».

6 días de junio

Gabriel Albiac (ABC)

Cambian las vidas cuando cambia el léxico. Aquel verano del 67 iba a traerme una palabra nueva: «antisemitismo». Yo acababa de cumplir los 17. Lo judío me caía tan cerca, más o menos, como la galaxia Rigel. Y el neologismo «antisionista» no era aún de uso común: acabaría por ser password de todos los progresismos, pero eso llegaría algo más tarde. Y, de repente, la «guerra de los seis días». Que nada tuvo de esa sorpresa que es de rigor proclamar ahora. Cualquiera que leyera la prensa u oyera la radio sabía que el choque era inminente. La sorpresa –ésta sí, absoluta– fue su desenlace. Sorpresa y, sobre todo, desilusión. La España oficial, por supuesto, pero también buena parte de Europa, rumiaban con poco disimulo su deseo: que los ejércitos árabes hagan el trabajo que Hitler dejó a medias. En 1967, no era sólo una consigna neonazi. ¿Ataque por sorpresa? No, no hubo nada de eso. Nasser venía, en Egipto, predicando la aniquilación judía desde al menos tres años antes. 1964: «El peligro de Israel consiste en la existencia misma de Israel»; 1965: «No entraremos en Palestina con el suelo cubierto de arena. Entraremos con el suelo empapado en sangre... Aspiramos a la destrucción del Estado de Israel... Nuestro objetivo es la erradicación de Israel». A partir de mayo de 1967, la movilización de los ejércitos egipcio y sirio se desdobló en una retórica bélica irreversible. Háfes al Assad,

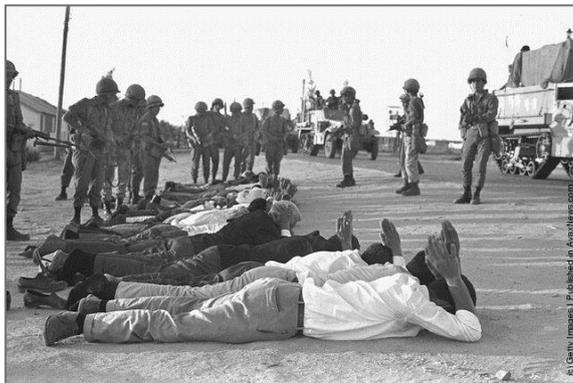


Imagen de la guerra de los 6 días

entonces sólo ministro de Defensa sirio, 20 de mayo: «Yo, como militar, creo que ha llegado la hora de entrar en una batalla de aniquilación». Nasser de nuevo, 27 de mayo: «Nuestro objetivo será la destrucción de Israel»; 28 de mayo: «No aceptamos ninguna coexistencia con Israel»; 30 de mayo: «Esta acción cambiará el mundo». El 4 de junio, el presidente de Irak, Abdul ar Rahmán Arif, se une a la alianza militar con Egipto, Jordania y Siria: «La existencia de Israel» –proclama– «es un error que debe rectificarse. Ésta es nuestra oportunidad de borrar la ignominia que ha caído sobre nosotros desde 1948. Nuestra meta es clara: barrer a Israel del mapa». Un día después, el 5 junio, la aviación israelí tomó la iniciativa y destruyó en tierra la aviación aliada. La operación militar más asombrosa del siglo xx comenzaba. Al cabo de seis días, los 215.000 hombres de la alianza árabe fueron deshechos por los 125.000 del Tsahal israelí. ¿Fue, para Israel, una victoria «barata»? Es otro tópico insostenible. Los 777 muertos y 2.586 heridos israelíes durante esos seis días equivalen, en proporción poblacional, al doble de las bajas estadounidenses a lo largo de los ocho años de guerra en Vietnam. ¿Siguieron a la victoria imposiciones exorbitantes sobre los vencidos? Es difícil aceptar eso, si se analiza lo sucedido el 17 de junio en Jerusalén, cuando Moshe Dayan, tras haber recuperado la ciudad que es corazón del judaísmo, concede a las autoridades musulmanas el pleno control sobre el Monte del Templo, epicentro religioso de la capital; y cuando su acuerdo excluye del derecho a orar allí a los mismos judíos que se habían jugado la vida por recuperar el lugar sagrado de sus mayores. Así sigue. En aquel verano del 67, leí las Reflexiones sobre la cuestión judía de J.-P. Sartre: «La causa de los israelíes estaría casi ganada, si sencillamente sus amigos hallaran para defenderlos un poco de la pasión y perseverancia que sus enemigos ponen para destruirlos, si entendieran todos que el destino de los judíos es su destino propio». Y las palabras fueron cobrando sentido.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.